Narrativa Una novela lúcida sobre la presencia del mal en el mundo

Job en lucha

Jordi Coca
El diable i l'home just

GALAXIA GUTENBERG
256 PÁGINAS
19,50 EUROS

PERE GUIXÀ

Jordi Coca ha escrito una novela sobre la sensación de que durante la vejez tendremos una visión más aguda, quién sabe si preclara, de la presencia del mal en el mundo. El autor recoge la figura bíblica de Job, que fue sometido a las pruebas del Diablo con la connivencia de Dios, para construir una obra sobre un hombre importunado, lúcido, orgulloso, debilitado, en lucha.

El psiquiatra Víctor Marçal-Büngeler se ha retirado al mar, a un lugar aislado. Es un hombre que deja atrás la madurez, con una pierna renqueante y un desencanto continuo. Escribe cartas a sus conocidos, y sobre todo a su exmujer a quien considera el inicio de sus desgracias. Víctor la dejó por sus infidelidades, y la mujer se fue, aunque sigue presente en los lamentos del hombre. Sabremos también que su hijo Albert se suicidó quizás al depositar demasiada esperanza en el arte como rector vital; y que su hija Paula murió en un accidente de tráfico, tras un periodo de desafección hacia los padres marcado por las drogas. Aquella fue la primera vez que el psiquiatra vio, casi físicamente, al diablo.

Marçal-Büngeler escribirá también a colegas de oficio, a un arquitecto, a un profesor, a varios amigos, a la novia japonesa de su hijo, a la hija de Ester: la amante que alegró los días del psiquiatra cuando todo se tambaleaba... si de entrada él es el hombre justo, un Job redivivo, menos paciente de lo que permite la sociedad contemporánea, Coca nos interpela para que consideremos qué emanaciones del diablo se han filtrado en su vida.

Nietzsche, Celan, Goethe, son referencias conocidas en la obra de Coca, y aquí nos perfilan las interioridades de Marçal-Büngeler, que como Freud trata de escribir ensayos psiquiátricos a partir de las obras de artistas, y especialmente de los personajes de Dostoievski.

La novela se estructura mediante una docena de cartas extensas. Paula, la mujer ausente, es a quien más se dirigen y quien cose el hilo de la trama, que por otra parte se expande de manera excesiva, bajo la guía de la imaginación febril de la voz protagonista. De modo que la novela nos descoloca en el tramo final, cuando se quieren ligar todos los hilos argumentales, que no habían sido bastantes enfatizados o no les habíamos otorgado mucha importancia. La digresión permanente y fértil, la atmósfera de la buena prosa, la temperatura y la dicción del personaje principal, las cargas de pensamiento, las indagaciones morales, todo eso hace de esta novela una de buena lectura, a pesar del desajuste entre las ideas sugestivas que nos transmite y la ejecución vacilante de la trama.

El diablo no se aparece unívocamente, en esta novela, ni el narrador protagonista acaba siendo el hombre justo que presuponíamos, sobre todo por lo que se nos dirá de sus usos profesionales. Y eso redunda al cabo en la sensación global, abierta a múltiples interpretaciones y algunas contradictorias, que nos envuelve.

Más evidente literariamente es que Daniel, el joven autista que se acerca por las mañanas a ver al psiquiatra, es una presencia angélica redentora, una irradiación casi mística, alguien a quien Marçal-Büngeler se aferra en su crepúsculo. Algunas de las mejores páginas de la novela nos muestran la extraña fascinación del joven inocente por la música de Beethoven y la arquitectura de Frank Lloyd Wright. El psiquiatra trata de racionalizar esta fascinación, pero la entendemos como una atracción intuitiva e insoslayable hacia el arte como expresión humana trascendente. Y también como el misterio, con visos de esperanza, que se inclinará sobre Marçal-Büngeler en su fin, cuando la misma escritura de estas cartas que debían indicar una luz, mostrarán su inutilidad. |

El escritor e historiador del teatro Jordi Coca
JORDI ROVIRALTA

Narrativa Antología que plasma el vigor de la actual literatura alemana

Una visión potente

VV.AA.
Confluencias. Antología de la mejor narrativa alemana actual
Edición de Cecilia Dreymüller y traducción de Cecilia Dreymüller y Richard Gross

ALPHA DECAY
352 PÁGINAS
21,90 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Según la crítica literaria Cecilia Dreymüller (Nohn, Eifel, 1962), ya en 1968 Hans Magnus Enzensberger proclamó nada menos que la muerte de la literatura alemana. Desde entonces, añade, "cada década ha contado con sus críticos agoreros", sobre todo los que no vacilan en pronosticar su "hundimiento definitivo" en este siglo XXI. Recuerdo un artículo bastante severo de Thomas Steinfeld, en el 2003 redactor jefe de cultura del diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, que en uno de sus párrafos decía lo siguiente: "Los escritores alemanes se han convertido en omnipresentes y con absoluta facilidad confunden presencia e importancia de una manera tan absoluta que no se percibe (en ellos) nada de una conciencia histórica". Sin acceso directo a la lengua alemana, en los últimos años no he dejado de preguntarme si en realidad la situación actual de su literatura era tan pesimista a juzgar por los tres premios Nobel que desde desde 1999 han obtenido Günter Grass, Elfriede Jelinek y Herta Müller, ninguno de ellos inmerecido.

Así que para ver cómo se explica la contradicción entre el criterio catastrofista de los expertos y el valor incuestionable de ciertos creadores y obras, me abrí paso en las páginas de la antología de narrativa alemana contemporánea que

Cecilia Dreymüller ALPHA DECAY

ha seleccionado Cecilia Dreymüller bajo el título de *Confluencias*. En este caso es muy conveniente, más aún, imprescindible, comenzar la lectura por el excelente prefacio, donde la antóloga, traductora y crítica cuenta por qué lo que en la actualidad se suele dar a conocer es la producción más comercial de los autores de Alemania, Austria y la Suiza germano-hablante, "y por desgracia hace poca justicia a su riqueza y diversidad". Eso implica que textos estrictamente innovadores y políticamente comprometidos como los de Herta Müller o Elfriede Jelinek ya no se difundan en el extranjero si no los "avala un premio de gran prestigio". De manera que, según eso, la proclamada crisis de la literatura alemana no radica en su declive por agotamiento sino, como es común a las restantes literaturas europeas, a la colisión entre los intereses de la industria del libro y los retos estéticos y morales de los creadores.

Partiendo de esa realidad Dreymüller ha seleccionado veinte textos –entre fragmentos de novelas y relatos– no traducidos en castellano de autores vivos menores de setenta y cinco años. Incluyen desde tres piezas de Peter Handke, una de ellas hermosa titulada *El limpiabotas de Split* que inaugura el volumen, y otras de Botho Strauss, Elfriede Jelinek, Herta Müller o Wilhelm Genazino, herederos de las grandes figuras de la posguerra, los Heinrich Böll, Peter Weiss, Ingeborg Bachmann, Max Frisch o Christa Wolf, hasta los autores de las últimas hornadas, nacidos en los sesenta y los setenta, orientales y occidentales reunificados en 1989 pero cuyas obras son sensiblemente diferentes aunque para nosotros unos y otros, al margen de su procedencia, posean el valor –el soplo de aire fresco– de lo inédito.

Se incluyen piezas de Handke, Straus, Weiss Genazino, Bachman, Frisch y autores de las últimas hornadas

Ahí el lector hará bien en arriesgarse y descubrir por su cuenta las mejores muestras de una literatura que no solo está viva –más que la francesa, la italiana o la española– sino que sigue revelando en la diversidad de registros una potencia admirable. Me ceñiré al relato corto de David Wagner (Andernach, 1971) *Zorros en la isla de los pavos reales* (fechado en el 2011), una maravilla de concisión expresiva que atisba la realidad y deja que la imaginación haga el resto. He aquí un ejemplo del vigor de la buena literatura que se escribe hoy en Alemania, renovada y –permítanme– brillante. ¿Envidiable, tal vez? |

Narrativa ¿Cómo pasó sus últimos días el asesino de Luther King en Lisboa?

El calabozo del sueño

Antonio Muñoz Molina
Como la sombra que se va

SEIX BARRAL
536 PÁGINAS
21,90 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

El invierno en Lisboa, la novela que en 1987 abrió a Antonio Muñoz Molina (Úbeda, Jaén, 1956) las puertas a la fama, sirve de punto de partida a *Como la sombra que se va*, no sólo por lo que la novela representó para él sino porque la capital portuguesa es un espacio compartido con James Earl Ray, quien en 1967 asesinó a Martin Luther King. Se alternan los capítulos en los que interviene el narrador y los de Ray hasta que, como ocurre en el *Ulises* de Joyce entre Bloom y Dedalus, ambos acaban por coincidir. En 1987, a sus treinta años, Muñoz Molina viaja a Lisboa por primera vez para conocer una ciudad que hasta ahora sólo había imaginado, pues "la impostura de escribir una novela en torno a una ciudad en la que no había estado nunca ya no podía seguir sosteniéndose". En el 2012, a los 58 años, decide regresar, ahora porque quiere documentarse, para su nueva novela, sobre la estancia de Ray en Lisboa en 1968.

El fugitivo ha conocido la cárcel desde muy joven, se ha refugiado en varios países, siempre en hoteles de mala muerte para poder pasar desapercibido, sin saber si está en Memphis, Birmingham, Puerto Vallarta, Acapulco, Montreal o Toronto, cambiando siempre de nombre, inventando trabajos muchas veces relacionados con la marina mercante. Conoce a mujeres a las que abandona pronto. Catorce meses de huida que son una verdadera odisea. Y al mismo tiempo, con una afortunada sucesión de repeticiones y variaciones, vamos conociendo su compleja personalidad. Se insiste en la palidez de su cara, en sus ojos azules muy bonitos, en una oreja más grande que la otra y en la costumbre de pellizcarse un lóbulo cuando está nervioso, en los zapatos con su dibujo de escamas de cocodrilo, en su sempiterno traje oscuro de invierno. Viaja siempre en un Mustang blanco de segunda mano. Tiene problemas de dinero, lo que no le impide comprar continuamente periódicos y revistas, por miedo a aparecer en ellos o por el orgullo de sentirse uno de los diez hombres más peligrosos del país. Le gustan las novelas de espías y admira a James Bond. Es, por supuesto, un racista obsesivo. A través de lo que se insinúa –porque nunca sabemos si nos movemos en el terreno de la realidad, de la ficción, del delirio o de las pesadillas–, conocemos su posible implicación en el asesinato del presidente Kennedy y seguimos paso a paso sus preparativos para matar a Martin Luther King.

Antonio Muñoz Molina, fotografiado recientemente en el Salón del Libro de Barcelona
XAVIER GÓMEZ

Paralelamente, conocemos parte de la vida del narrador: su primer matrimonio, del que, por pudor, apenas si habla, de cómo conoció a Ella, la mujer de su vida a la que rinde homenaje. Son muchas y muy válidas las páginas dedicadas a *El invierno en Lisboa* y, por supuesto, la vida de Ray es también la novela de Muñoz Molina. Pessoa, Borges, Bioy Casares y Onetti tienen una presencia especial, así como el Evangelio y el Antiguo Testamento, sobre todo en las páginas dedicadas a Martin Luther King. Y la música y el cine, tan presentes a lo largo de toda su obra, su deseo de "perderme como en una jungla o como en un batiscafo en cualquier cosa que me gustara mucho, en una novela, en una película o en una música o en una emoción".

Se respira una atmósfera obsesiva y opresiva, en una novela deformada por la luz artificial, hasta que se ilumina, radiante, en las magníficas páginas dedicadas a Lisboa. No se niega "la gangrena del deterioro", "con esa lenta duración que tienen las cosas arruinadas en Lisboa", pero "con esa indulgencia entre piadosa y descuidada hacia lo anacrónico que enseguida me había gustado" y con "la gran claridad" de la Praça do Comércio, en una ciudad donde el tiempo tiene "una serenidad parecida a la luz". |